

Pensamos fuera muy posible que este señor Bolumburu no se hubiera encontrado del todo mal conviviendo con los masagetas, los escitas y aún los bratos; y ¡quién sabe si se hubiese sentado gustosamente ante la mesa de los últimos para dar cuenta, en su compañía, del sazonado contenido de su humeante olla...!

Gabriel de *IBARRA*.

EL CARNAVAL EN TUDELA. — LOS CIPOTEROS

(Por Yanguas y *Miranda*).

La aproximación de esta época de locura, en que los hombres, aun los más serios, despojándose de su natural gravedad, se entregan a pesar suyo al culto y adoración del Dios Momo; las descripciones que del carnaval de Milán, de Roma y otras capitales he leído con tanto gusto en su apreciable periódico, y el artículo de costumbres provinciales inserto en el número 15 del año próximo pasado sobre la original función de «La bajada del ángel», que se celebra en esta vieja ciudad la mañana del Domingo de Pascua de Resurrección, con tanto criterio descrita en el tomo sexto del Semanario, me han movido a cortar mi desaliñada pluma, y entretener un rato de ocio en señalar a V. (por si gusta participarlo a sus lectores) otra de las costumbres, que ni el trastorno tís los tiempos, ni el flujo económico del siglo han sido poderosos a destruir, y que en nada cede en originalidad a la de la «bajada del ángel».

Si Milán ha conservado todavía algunos recuerdos de su antiguo lujo en el carnaval, sustituyendo los dulces y bombones con sus nevados de «coriandoli, en esta ciudad existe aun en toda su pureza la inmemorial costumbre de sus cipotéros», nombre con que se designa vulgarmente a los máscaras o disfraces que en las tres tardes de carnaval recorren las calles más principales de ella. Sus trajes en general no tienen el mérito de la elegancia y del buen gusto, como que este no constituye el lucimiento del máscara. Un traje de marinero o de roncalés, de aldeano o de valenciano, una camisa de color ceñida por encima de un pantalón blanco con una faja encarnada, suelen ser las generalmente adoptadas. De su hombro derecho pende una blanca funda de almohada, que atada por una de las puntas de la boca y otra de las del hondón, queda debajo del brazo izquierdo. Su diestra empuña un grueso garrote de cinco palmos de largo, de cuyo extremo cuelga atada a una cuerda una gran bota con pelo, perfectamente henchida de aire, arma de defensa y requisito indispensable del cipotéro. El más elegante, el que más se luce es el que más veces ha entrada en casa del confitero a llenar su funda de almohada, cuyo peso le abrumba, y que bien pronto se aligera al llegar frente a los balcones de sus familias, o, a los que ostentan la gracia de las ninfas por quienes suspiran los jóvenes de cada cuadrilla. Aquí es de ver el fuego graneado de papeletas, dulces sueltos, peladillas y bombones que se dirigen a sus hermosos rostros, ataques de que más de uno de ellos que no tiene la precaución de retirarse, suele salir lastimado.

Mientras los unos se afanan en introducir los cucuruchos en los balcones, los otros descargan sendos botazos sobre los muchachos, mujeres y

hombres campestres, que por coger los dulces que no se han acertado introducir en ellos, reciben con gusto sobre sus espaldas los terribles golpes de las botas hinchadas, que botan sobre ellas como pelotas de goma. Son tantas las arrobas de dulces que se consumen, que muchos años después de apurados los repuestos de los confiteros (que no son escasos) y no teniendo que tirar se han llenado las fundas de pastillas y bolas de chocolate.

Desde el año 33 bien sea por hallarse en esta bastantes familias de ios pueblos circunvecinos, refugiadas al abrigo de nuestras débiles fortificaciones o por haber estado privados de esta diversión los diez años anteriores, única época en que ha podido sujetarse a esta población, han estado brillantes los carnavales a pesar de que siempre son muy concurridos de gentes de las buenas poblaciones de cuatro y seis leguas al contorno. Es imponderable la afición que tienen los tudelanos a esta diversión; pues aun en tiempos del despotismo y a pesar de las rígidas órdenes del supremo consejo de este reino, si los alcaldes eran un poco tolerantes, el pueblo se entregaba con ímpetu a su loca alegría, procurando evitar el encuentro de la ronda que con objeto de estorbarlos, recorría las calles muy pausadamente para dar lugar a que los disfraces, a su vista, variasen de dirección. En uno de los primeros años del siglo actual, habiéndose empeñado el alcalde en cumplir exactamente las órdenes del consejo, negándose a las súplicas de sus amigos para que los tolerase, se valieron éstos del ardid de encerrarlo con llave en el corredor o azotea del convento de carmelitas descalzos, donde se estaban paseando después de comer, y disfrazándose al momento una cuadrilla, al poco rato se llenaron las calles de máscaras, de tal modo que cuando el alcalde pudo salir de su prisión, le fué imposible el estorbarlos. Son pocos los que salen las tres tardes, algunos se disfrazan dos, los más reservan el hacer el cipotéro hasta el último día que es el más divertido; y en verdad que a la par que muy poco económico es un ejercicio demasiado violento para repetido, porque el cuerpo y los brazos se cansan de dar bo-tazos, y es preciso conservarse para recorrer las tertulias desde el anochecer hasta las once, hora en que principia el baile en el teatro, punto de reunión donde se espera que alumbre el miércoles de ceniza, como en las noches anteriores se ha esperado la venida del siguiente día.